

## Tiempo de espera viva

*Poca gente pasea por la Plaza de los Señores, en esta primera hora de la tarde, cuando la ciudad de Vicenza reposa. Lejos del infinito movimiento de La Serenísima, aquí la vida transcurre despacio. Tampoco el Palacio de la Región concita a estas horas idas y venidas, como ocurre por la mañana, cuando hay que tratar los asuntos públicos. Esta plaza es una de tantas que embellecen las villas y ciudades de la región del Véneto. Podría resultar casi vulgar, si no fuera por la estampa gótica del Palacio de la región, donde se tratan los asuntos públicos. Aún no engrandece sus perfiles la arquitectura de Andrea Palladio, que tal vez ya pasea por los alrededores, imaginando las construcciones con las que en pocas décadas la convertirá en una joya renacentista.*

*Bajo la estatua del león alado que señala la sumisión de la ciudad a la vecina Venecia desde hace más de medio siglo, un grupo de hombres dialogan. Prestan especial atención al discurso de uno de ellos, un poco mayor que el resto, que parece elegir con cuidado cada palabra antes de decirla. Algún paseante les mira curioso. Ellos permanecen apartados y ajenos a lo que ocurre en torno. Los*

*habitantes de Vicenza se han acostumbrado a la presencia de algunos de ellos en la ciudad, y han llegado a apreciar a esos hombres piadosos, que hablan de Dios y ayudan a los más pobres con idéntico entusiasmo.*

*Los rostros están serios. Arrugas de preocupación envejecen prematuramente los semblantes de otro modo juveniles. «No queda más remedio. De nada sirve seguir esperando, hemos de empezar a actuar, a prepararnos para tomar una decisión definitiva». Un silencio cargado de intención sigue a estas palabras. Ninguno quiere ser el que pronuncie las palabras de rendición. «¿Y si finalmente zarpa la nave antes del 8 de enero? No debemos perder la confianza». El tono ilusionado y la voluntad optimista de esta sentencia no contagian a ninguno. De algún modo lo llevan intuyendo meses. Nada hace indicar que el año próximo vaya a ser diferente a este. «De nada nos sirve seguir dándole vueltas», tercia uno más. «Esperemos unos meses, repartidos como hemos decidido. Y si no podemos ir a Jerusalén, entonces nos encontraremos en Roma».*

*Parece que hay poco más que hablar. No se puede decir que la alternativa les duela. Tal vez su mayor pesar es lo que pierden, la renuncia al sueño largamente acariciado, aunque lo que pueda llegar a continuación lo viven como oportunidad y bendición. Sienten confianza en que algo bueno ha de suceder.*

*«¿Volvemos a separarnos, entonces?», pregunta el más joven del grupo. «¿Y qué diremos si alguien nos*

*pregunta quiénes somos?». Todos se vuelven hacia el mayor, que parece gozar de una autoridad especial. «¿Por qué no identificarnos como compañía de Jesús?». Hay un silencio; primero serio; después los ojos brillan. Afloran varias sonrisas, que parecen disipar las sombras anteriores: «¡Me gusta ese nombre!». Exclama el que preguntó primero. Vuelven las bromas, la naturalidad, la frescura y la alegría.*

Comienza septiembre de 1537. Han pasado algo más de tres años desde los votos del grupo en Montmartre. Ha sido un tiempo de espera. Ciertamente, bien aprovechado. No han parado ni un instante, y la infatigable actividad apostólica será ya para siempre una marca distintiva de sus vidas. Ignacio ha viajado, ha continuado sus estudios y multiplicado su actividad pastoral. Son ya sacerdotes. Y el grupo ha aumentado. Ahora son once. Pero la posibilidad de ir a Jerusalén es cada vez más incierta. La coyuntura política no hace previsible que surjan nuevas peregrinaciones. Al acercarse el término del plazo que se habían dado, tienen que volverse a aquella promesa que hicieron en Montmartre: ponerse a disposición del Papa para que este los envíe a donde crea necesaria su labor. No todo está decidido aún, pero hay que empezar a prepararse para esa posibilidad. ¿Qué han hecho durante todo este tiempo, y qué les hace desistir de sus propósitos iniciales?



## Vuelta a casa. Azpeitia

Ignacio deja París a principios de abril de 1535. A caballo, con sus libros y sus papeles. Con sus pocas pertenencias. Atraviesa esta Francia que aún se despereza lentamente del letargo invernal. La primavera apunta con timidez, y la marcha, sorteando deshielos y crecidas, barro y piedras, es fatigosa.

Tiene tiempo, durante esas largas jornadas de viaje, para pensar. Lleva tanto tiempo fuera de casa... Esta vuelta al hogar de Loyola le hace recordar. Vuelve la vista y la memoria a los meses de convalecencia. Con gratitud rememora ahora lo que significaron para él. La herida, el dolor de la pierna... Inconscientemente se lleva una mano a la rodilla, como si el tacto le devolviese a aquella estancia familiar, al sufrimiento provocado por las operaciones repetidas, a su hueso aserrado... Piensa también en los libros de su cuñada, en cómo los recibió con desgana, y las sorpresivas emociones que suscitaron en él. Impresiones tan intensas que le abrieron la puerta a un mundo interior vibrante y a un Dios que le cautivó. Desde la sabiduría ganada con los años recuerda su ingenuidad de entonces, su deseo de ser mejor que los santos. Sonríe, pensando en su vanidad camuflada de virtud. Ha aprendido mucho desde entonces...

Piensa también en Martín y Magdalena. ¿Cómo estarán? Sus hijos ya serán hoy adultos hechos y derechos. Seguramente habrá muchos nietos, sangre nueva de Loyola hirviendo, pidiendo a gritos su turno para vivir y dejar una huella. ¿Tendrá su hermano, como tuviera su propio padre, hijos ilegítimos? Al pensar en

esto no puede evitar un estremecimiento de disgusto y de conmiseración pensando en el papel de Magdalena, la esposa fiel, siempre a la sombra, siempre callando. ¿Se habrá convertido ya Martín en el gran patriarca que siempre quiso ser? Hay una pregunta que no puede evitar, aunque intuye la respuesta. ¿Seguirá su hermano molesto con él? No olvida Ignacio aquellos últimos días de consejos y reproches, y conoce la pasta de que está hecho Martín, tan preocupado por la honra y el nombre de la familia, tan atado a las tradiciones... Por otra parte no puede criticarle por ello. Él mismo vivió durante mucho tiempo bebiendo de esa retórica que hoy le parece vacía, de ese peso de los títulos, los apellidos y los aplausos del mundo. Bien sabe Ignacio que la conversión no depende de uno mismo. ¿Podrán entenderse ahora? ¿Podrá el señor de Loyola comprender la pasión que anima a este hermano pequeño, transformado en peregrino y apóstol, en hombre pobre pero más rico que el más adinerado de los señores?

Estas cavilaciones le inquietan mientras avanza hacia el sur. Se imagina instalado de nuevo en la casa torre, en el calor del hogar, con los cuidados de la buena Magdalena... ¿Cómo va a conseguir que entiendan sus proyectos y su conversión si sólo lo ven como un hijo pródigo retornado al hogar? Intentarán, seguramente, obsequiarle, cuidarle con interminables detalles. Se empeñarán en alimentarle como si no hubiera comido en meses. Sería más adecuado decir que querrán cebarle, viéndole desmejorado. Ya se imagina cuántas discusiones inútiles le esperan por minucias. Cuanto más lo piensa, más desasosiego siente ante la idea. No

está hecho para eso. Ya no. De alguna manera, si quiere que Martín le tome en serio no puede acogerse bajo su mismo techo. No quiere que desde el primer momento establezcan la relación de un jefe de familia con un hijo díscolo. Una idea va germinando en su interior. ¿Quiere que los suyos le conozcan tal y como es ahora? Se alojará en el hospital de Azpeitia. Como un pobre más. Viviendo y sirviendo a los más heridos. Ya se ha olvidado de su necesidad de reposo y de que vuelve a la tierra paterna para recobrar la salud. «Lo que me puede quitar la salud es encerrarme bajo el techo de Martín. Eso sí que es fuente de malos humores y dolores de estómago», se dice, cada vez más convencido de la conveniencia de que su estancia sea significativa.

Esto le lleva a pensar también en la gente del pueblo. No le conocen. ¿O sí? Conocen al antiguo Íñigo, al hijo menor del clan. Saben algunas historias de cuando era un mozo. Entonces le miraban con la distancia y reverencia con que se mira a los señores, que en la mentalidad atropellada del hombre humilde parecen dotados de una autoridad distinta. Entonces toleraban —sin remedio— sus bellaquerías y las andanzas compartidas con alguno de sus hermanos, esos caprichos de los poderosos ante los que el sencillo calla. El rubor tiñe sus mejillas pálidas al recordar cómo le gustaba sentir la adulación y el temor. Cómo se pavoneaba con sus ropas cortesananas cada vez que llegaba a visitar a los suyos y salía a lucirse por las calles de Azpeitia. Cómo le gustaba hablar a voz en grito, con una aparente indiferencia hacia los aldeanos que, sin embargo, eran el auditorio buscado de sus brillos y fanfarronerías. Sí.

También debe algo a este pueblo, ligado a su familia y a su historia. Hay algo de justicia en que llegue como pobre y dispuesto a dar, el que un día pasó por aquí como señor a quien todo se le debe.

Al acercarse a la frontera ya tiene tomada una decisión. Vivirá en Azpeitia, en el hospital de los pobres. Se imagina la mezcla de estupor e indignación de Martín. Que se ponga como quiera. No le va a dar oportunidad de decidir. Y si para ello tiene que llegar a escondidas y dar un rodeo para entrar en Azpeitia sin tener que pasar por delante del señorío familiar, lo hará.

No sabe que ya en una posada de Bayona le ha reconocido un hijo de María Garín, aquella que fue su nodriza. A pesar de los años y de los cambios físicos no ha pasado desapercibido. Y las noticias, especialmente una reaparición tan inesperada, vuelan. De ahí su sorpresa y fastidio cuando, ya en la provincia de Guipúzcoa, le encuentran dos criados de su hermano que dicen estar buscándole para acompañarlo a la casa. Su intento de llegar inadvertido ha fracasado, pero eso no le mueve ni un ápice de su propósito de no instalarse en la casa torre. Por más que insistan los criados, temerosos tal vez de una reprimenda de Martín, más irascible cuanto más viejo, no consiguen convencer a Ignacio. Y, después de todo, ¿no son pleitos entre señores, entre hermanos? Que lo resuelvan ellos, parecen pensar al fin. Se dan por vencidos y vuelven solos a la casa, mientras Ignacio se adentra por las calles de Azpeitia y llega al hospital de la Magdalena tras casi un mes de viaje. Es el 30 de abril de 1535.

Sale a pedir limosna por las calles. La noticia de su

llegada ha corrido por toda la villa, y su figura suscita simultáneamente sorpresa, admiración y devoción. No están los azpeitianos acostumbrados a ver grandes muestras de virtud en sus señores, ni siquiera en sus curas. La aparición de este hijo de Loyola, al que muchos recuerdan como un joven simpático, galante y alocado, amigo de las juergas y bravatas, convertido ahora en mendigo y penitente tiene un efecto notable. Cuando más adelante se sepa que reparte la mayoría de las limosnas que recibe con los más necesitados del hospital entonces el pueblo, amigo de mitos y necesitado de santos, creará reconocer a uno entre sus calles.

El encuentro con Martín no se hace esperar. Los meses que pase Ignacio en Azpeitia van a tener algo de pulso entre ambos hermanos. Los dos son tercos y fuertes. Los dos son listos y se conocen, leña del mismo tronco. Informado de la negativa de Ignacio a hospedarse en la casa, rápidamente se encamina el mayor al hospital. La noticia de la mendicidad de Ignacio, que alguien le anuncia maravillado, le resulta violenta como una bofetada. Aprieta las mandíbulas y su mirada se endurece. Es una humillación, una insensatez de este hermano loco y estafalario.

Ignacio llega, ya anocheciendo, al hospital, tras este primer día de limosneo. Le resulta demasiado familiar la figura que espera en el patio de entrada como para no saber de quién se trata. Se encuentran al fin. Se miden con la vista. Su hermano mayor está muy envejecido. Ha engordado, sus arrugas y barba canosa y la respiración cavernosa hablan de un declive que ya ha comenzado, de un cansancio que pesa, de una vida de

excesos que empieza a pasar factura. Más sorprendido está Martín, que apenas reconoce al gallardo joven que dejara la casa trece años atrás en este hombre ajado. Su delgadez extrema le da un aspecto frágil, que sin embargo contradice la firmeza que se percibe en su mirada. También ha perdido mucho pelo. Su ropa es pobre. «¿Qué ha sido de ti?», piensa entristecido. Martín es un hombre rudo, no muy dado a expresar sentimientos, pero por encima de todo siente alivio al encontrarse al fin con Ignacio. Durante años le temieron muerto. Después llegaron noticias suyas, y hasta alguna carta escrita desde París. Pero es ahora, al estar frente a frente, cuando la sangre reconoce a la sangre y una alegría visceral y primaria emerge. Se acerca, y con toda su corpulencia lo abraza. Ignacio es más sobrio en sus sentimientos, pero también le conmueve este reencuentro, a menudo imaginado y a veces temido. Sin embargo la emoción no disimula la diferencia. Estos Loyola son como los lobos enfrentados en su escudo, mirándose de frente, erguidos, indómitos. «No puedes quedarte aquí, Íñigo. Vendrás conmigo a la casa». Esta frase, dicha en tono áspero, desencadena un diálogo imposible. ¿Cómo hacerse entender? Ignacio está en lo cierto. Es muy difícil para su hermano comprender el cambio operado en él. Y será imposible si se deja encerrar en el bienestar seguro del hogar familiar. Cuando finalmente comprende que se quedará aquí, y que piensa enseñar el catecismo a los niños y a quienes quieran escucharlo, Martín no puede evitar exclamar displicente: «Nadie querrá venir a oírte, ingenuo...». La despedida esa noche es fría.

Desde ese momento comienza una etapa de intensa actividad. Ignacio, al poco de llegar parece haber olvidado la necesidad de descansar y reponerse. Los ataques de su estómago han cedido –posiblemente esperando emerger de nuevo, con más fuerza– y se siente con fuerzas y casi urgencia por predicar el evangelio en esta villa de su infancia y juventud atolondrada. Se convierte en el apóstol de Azpeitia. Mendiga para vivir. Y predica. Con mucho éxito. Al aire libre, en una ermita, y alguna vez en la iglesia parroquial. Incluso un día llega a hacerlo subido a un árbol, pues por la fiesta de san Marcos una abigarrada muchedumbre se ha juntado en romería y quieren escucharle, ya que todos han oído hablar de él. No es que sea un gran predicador. Sus clases de retórica posiblemente le han ayudado, aunque no le han convertido en un orador de masas, experto en el dominio de los tiempos, los silencios y los ritmos. Pero tiene algo que es insustituible y mucho más poderoso que la mejor de las elocuencias: tiene una buena noticia que compartir. Porque Ignacio es un hombre tocado por Dios, y eso se concreta en una lectura de la vida, del mundo, de las opciones propias (y ajenas) que le permite hablar de forma tal que quienes le escuchan se sienten conmovidos en lo más hondo. Instruye a los niños, con enseñanzas muy básicas del catecismo. Y lo hace de tal manera que también los mayores se acercan a escucharle. Porque entonces, como en todos los tiempos, lo que pueden comprender los niños también es palabra para los adultos. Habla sobre los mandamientos, sobre la vida sacramental, sobre las virtudes...

Se van sucediendo reformas en la villa. Bastantes

personas se sienten removidas por el testimonio de Ignacio. Su autoridad es doble. Lo que dice les llega hondo. Pero además saben que se trata de un Loyola, un señor de familia noble que podría vivir con una holgura que para la mayoría es impensable. Y, sin embargo, aquí le tienen, en el hospital, comiendo poco y durmiendo mal, compartiendo techo y escudilla con los más desfavorecidos... Eso le hace más creíble. Se habla también de sus penitencias, del rigor con que se trata, de su austeridad extrema. Cae enfermo de nuevo. Pero se niega, también en su convalecencia, a refugiarse en la casa torre. Serán algunas de sus sobrinas las que vengan a cuidar de él aquí.

Azpeitia va sintiendo la influencia del peregrino. Desaparecen los juramentos. Se clarifican relaciones ilegítimas, algunos casos notorios de amancebamiento parecen desaparecer... Hasta el clero, a menudo gremial y sordo a todo lo que no venga de sus propias filas, acepta los cambios que les propone este seglar. La reforma del clero azpeitiano, sobre todo en cuestiones morales, dejará honda huella en la región. Hasta consigue mediar y encontrar solución en una disputa ya estancada que enfrentaba al rector y clérigos de la iglesia parroquial con unas monjas desde tiempo inmemorial.

Su insistencia en la honestidad le lleva, ante el ruego de la suave Magdalena, a enfrentarse (una vez más) con Martín, para instar a este a abandonar a una amante. El diálogo es velado, indirecto, pero suficiente para que ambos entiendan. Y de nuevo los lobos de Loyola, uno frente al otro, se miden en ese conflicto sordo. Martín

calla. ¿Cómo toma esta intromisión? ¿Acepta? ¿Espera? ¿Cede? Ignacio no está seguro. La vida sigue. Pasan las semanas.

No descuida tampoco atacar los problemas más básicos. Se promulgan en esta época, favorecidas por su impulso, unas ordenanzas locales para atender a las necesidades de los más desfavorecidos... Es como si una inocencia dormida, súbitamente sacada de su letargo se hubiese enseñoreado de las casas y las calles de esta villa, contagiada del espíritu que parece mover a este hijo del valle que ha regresado con palabras nuevas.

Una tarde está predicando. Hay un grupo numeroso de personas que le escuchan. Como siempre los niños se sientan en el suelo, cercanos a él. Hay además bastantes adultos. Eleva la vista, clavada durante largo rato en los infantes, hacia los mayores, y descubre, en el auditorio que le escucha, lejano pero bien atento, un rostro muy conocido. Se cruzan los ojos de los hermanos, que se sostienen la mirada. Es un intervalo apenas perceptible para quienes asisten a la escena, y sin embargo en ese intercambio mudo parece fluir un diálogo largo tiempo esperado. Hay un callado reconocimiento en ese instante de silenciosa comunión. Por parte del mayor, que empieza a vislumbrar algo nuevo en Ignacio, que está más allá de linajes y familias, de honores y tradiciones; por parte de este, que advierte, agradecido y vencedor, algo que nunca antes había percibido en Martín: respeto y, tal vez, comprensión. La voz se le quiebra ligeramente cuando continúa con su sermón, aunque nadie lo advierte.

Nunca hablarán de esto. Continuarán con sus

diferencias respecto a cada pequeña decisión. Hasta el último día, cuando siguen discutiendo acerca de si debe echarse de nuevo a pie a los caminos, como pretende hacer Ignacio, o si conviene que se lleve una cabalgadura. Inútil, como siempre, el empeño de Martín en suavizar las condiciones de vida del peregrino. Llega al fin el momento de partir. Se despide de los suyos. Martín y algunos más quieren acompañarle un trecho, y es sólo ese trayecto, hasta el límite de la provincia, lo que va Ignacio cabalgando. No hablan demasiado en esas horas de lento trote. Tal vez los dos hermanos presienten que no se verán más en este mundo. Podrían decirse muchas cosas. ¿Cabría bajar la barrera, por un momento y hablar de corazón a corazón? Tal vez no es necesario, o sencillamente no es su forma de comunicarse. Pero, de alguna manera, ambos se alegran de estos meses de reencuentro. Martín ha desmontado, mientras Ignacio se despide del resto de los familiares: sobrinos y sobrinos nietos están contentos de haber conocido a este miembro tan peculiar de su familia. Algunos no lo conocían. Han oído hablar de él desde su infancia, a veces dudando de si sería otro más de los cuentos de sus madres, y el descubrimiento de su existencia les ha abierto los ojos a otro mundo.

Finalmente Ignacio se vuelve a Martín. «¡Qué flaco está, demonio!», vuelve a pensar el patriarca. De nuevo el abrazo de oso aprieta al peregrino, que se deja acunar por este hombre poderoso y, a la manera brutal de su época, tierno. «Adiós, Íñigo». «Adiós».

## De nuevo en camino

La segunda parte de su periplo hispano ha de ser, según lo planeado, para visitar a las familias de sus compañeros. Dar noticias. Llevar alguna carta. Tranquilizar a quienes puedan estar inquietos o preocupados por la suerte de los suyos. También recoger algo de dinero, del que siempre envían los familiares a los hijos lejanos, y girarlo desde Almazán, por medio de la familia de Laínez, para que los compañeros puedan mantenerse el tiempo que les queda en París.

Así transcurrirán semanas de camino. Se siente feliz. Las jornadas de marcha, el cansancio, el encuentro con gentes y pueblos distintos. La intemperie que proporciona el mejor techo para quien nada exige. Todo ello le recuerda otros momentos de su vida, otros senderos, otras épocas de búsquedas. Ahora parece que sabe mejor adónde va. Tiene compañeros, y juntos esperan pasar a Tierra Santa. Piensa mucho en ellos. Sus amigos. ¿Cómo irá su vida de estudios en París? Se ha cumplido un año de los votos que hicieron en Montmartre. Si todo ha ido bien, se habrán reunido de nuevo en la capilla, y habrán repetido esa promesa... Con una mezcla de alegría y nostalgia piensa en ellos.

En Navarra visita al hermano menor de Javier, don Juan de Azpilicueta. En Almazán, cerca de Soria, a los padres de Laínez. Pasa por la corte en Madrid, donde ha oído que puede encontrar a aquel Arteaga con quien compartiera sueños y esfuerzos en Alcalá y Salamanca. Ignacio no ha olvidado a aquellos primeros compañeros, pero Arteaga no quiere saber ya nada de

los planes de Ignacio. Por Alcalá sigue hasta Toledo. Allí encuentra a los padres de Salmerón, y como había prometido al muchacho al despedirse, junto al Sena, habla largo con ellos, les cuenta todo lo que quieren saber acerca de la vida parisina, del grupo de amigos, de la intención compartida de dedicar sus vidas a ayudar al prójimo en Tierra Santa. Las familias se sienten consoladas. Reconocen en las palabras de Ignacio a sus seres queridos, y se sienten orgullosos de sus propósitos. Es esta una época distinta, en la que las grandes decisiones pueden condicionar que los caminos no se crucen más. Lo saben. Están preparados para ello. Y reconocen en la opción de los suyos algún destello que les habla de Dios. Por eso pesa más la alegría que la distancia o la tristeza por la separación duradera.

También en Toledo ve a Peralta, aquel muchacho que, un día, en París, dejó todos sus bienes y se fue a vivir con él al hospital. Es ahora un gran predicador, y canónigo de la iglesia metropolitana. Pasean junto al Tajo, hablando y pensando en lo lejana que parece ahora París, y el hospital de Santiago, como si hubiese transcurrido una eternidad, y no únicamente seis años. ¿Tal vez Peralta experimenta, en este reencuentro, una punzada de inquietud o nostalgia por la forma de vida reflejada en Ignacio? No lo sabemos. También puede ser que sienta confirmada su decisión. Bendice a Ignacio, cuando se despiden, deseándole lo mejor para él y sus compañeros.

Sigue, incansable, su camino, a pie y solo pero siempre con Dios y con tantos nombres como van tejiendo en su vida una increíble red de afectos y presencias.

Trescientos kilómetros le separan de Valencia, adonde se dirige para visitar a Juan de Castro. También este compañero de París encontró, al final de sus estudios, otro camino: la vida contemplativa en la Cartuja. Ignacio mismo había pensado en esto en los tormentosos inicios de su conversión, y encuentra un particular agrado en poder pasar unos días acompañando a Castro en el monasterio, participando de esa vida litúrgica ordenada que habla de días cuyo reloj late al tiempo de Dios.

Su estancia en la península toca a su fin. Llega el momento de pasar de nuevo a Italia. Aún quedan muchos meses, casi año y medio para que lleguen los compañeros según lo proyectado, pero quiere aprovechar bien el tiempo, y ha decidido terminar sus estudios de teología.

Valencia es una ciudad enorme, y en su puerto será fácil encontrar un navío que le lleve hasta Génova. Los cartujos intentan disuadirle, espantados por la inseguridad de un Mediterráneo amenazado por el corsario turco Barbarroja. Sin embargo no serán los piratas, sino una tempestad la que está a punto de hacer que el viaje termine en tragedia. No es la primera galerna que enfrenta Ignacio. Pero esta vez intuye la muerte cercana. Y en ese momento lo único que siente es pena. Por no haber aprovechado bien su tiempo. Por la cantidad de cosas que le quedan por hacer. Por una vida que hubiese querido más plena... Sin embargo la tormenta no hunde el barco y finalmente llega a Génova. Estamos a mediados de noviembre de 1535. Los compañeros deberían llegar a Venecia hacia finales de marzo de 1537. Ignacio tiene, entonces, un año y cuatro meses por delante. ¿Qué hacer?

Decide ir a Bolonia. Esta ciudad es prestigiosa por su Universidad, la más antigua de Occidente. Allí podrá encontrar la forma de completar su formación teológica, y quizá ganar algún compañero más para el proyecto común que los une. ¿No ha de haber hombres de espíritu audaz en la ciudad donde se educaron Dante o Petrarca, Erasmo o el mismo Nebrija, cuyo nombre se pronunciaba con reverencia en sus tiempos de Alcalá? Parece una decisión acertada. Pero una vez más los planes de Ignacio se tuercen. Ciertamente llegará a Bolonia, pero sólo tras largas semanas de una marcha muy exigente, con un frío invernal que azota la península italiana, atravesando parajes donde el camino se hace difícil, y debiendo forzar mucho su ya de por sí castigado cuerpo. Consecuencia de todo ello es que está exhausto cuando llega a la ciudad. El agotamiento y el frío envuelto en densas nieblas le postran. Afortunadamente conoce algunas personas en el Colegio Español de San Clemente. Ellos le atienden durante una semana de fiebres y vómitos. Pero pronto se da cuenta de la práctica imposibilidad de vivir aquí de limosna. Replantea su decisión. Tal vez sea mejor marchar a Venecia. Allí conoce más gente. La ciudad le es familiar. Ya ha estado antes. Es cierto que no hay universidad, pero probablemente podrá estudiar por su cuenta y, al fin y al cabo, lo que ahora necesita no es un título, que ya recibió en París, sino completar su formación.

Así que opta por Venecia. A finales de diciembre recorre el trayecto que separa ambas ciudades. Han pasado más de diez años desde que abandonara la ciudad de los canales. Qué lejos parece aquel momento,

piensa ahora, cuando la barca le acerca al conjunto de islas de la laguna. Al irse aproximando reconoce la silueta familiar de los edificios, y descubre algunos nuevos palacios que se van levantando al tiempo que crece el poder de La Serenísima. Escucha los sonidos de la ciudad viva, que parece darle la bienvenida. Tal vez un día no muy lejano saldrá de la laguna hacia el Adriático, en esa nave Peregrina que le conducirá hasta la tierra del Señor. En silencio, eleva a Dios una plegaria, por los amigos distantes, por sus vidas, por el proyecto futuro: «Hágase tu voluntad, Señor».

### Venecia. Un año solo. Los ejercicios espirituales

De nuevo está en la ciudad de los canales. Todo el año 1536 se extiende ante él. Un año completo. ¿Qué hacer? ¿Dónde vivir? ¿Cómo? Ignacio es un hombre práctico. Cada vez más. Ha aprendido a valerse, y a encontrar aquellos medios que son necesarios para el fin que se proponga. Dado que su fin en este tiempo ha de ser aprovechar para estudiar y acompañar a otros, es necesario conseguir un acomodo suficiente. Pronto tiene arregladas todas las cuestiones materiales. Don Andrea Lippomani, de la orden de los Caballeros Teutónicos y responsable del priorato de la Santísima Trinidad, le ofrece alojamiento. En el priorato hay suficientes habitaciones, y él podrá llevar el tipo de vida que quiera. Isabel Rosel, siempre amiga, siempre fiel, le enviará dinero de vez en cuando para ayudarle a mantenerse.

Con esos apoyos y algunas otras ayudas que sin

duda irán surgiendo podrá dedicarse con calma a tres actividades básicas. Lo primero, tiene que estudiar para completar su formación teológica. No hay estudios reglados aquí en Venecia, pero está seguro de que puede encontrar consejo y guía para seguir con su formación. Además llevará una tranquila pero profunda vida de oración. Tras la sobriedad interior de sus años parisinos, vuelve ahora a dar espacio a esa dimensión mística que va aproximándole a Dios de un modo siempre distinto. Y en tercer lugar, puede dedicarse al apostolado. Especialmente a ese apostolado espiritual en el que siente que Dios le ha dado un talento único y, en consecuencia, una responsabilidad peculiar. Un apostolado que se concreta en conversaciones, en cartas, largas misivas que escribe a sus conocidos, hablando con palabras que despiertan en ellos la sed de Dios. Y, sobre todo, los ejercicios espirituales. Cada vez va estando más definido lo que sea esta escuela de oración, esta ventana abierta a una lectura diferente del evangelio, esta aproximación distinta, personal y única al Jesús a quien Ignacio sigue desde que lo descubriese en una Manresa ahora lejana.

Quizá ha llegado el momento de hacer un pequeño paréntesis. Una y otra vez hemos ido hablando de los ejercicios espirituales, ese instrumento que permite a Ignacio compartir su experiencia de Dios. Pero, ¿qué son?, ¿de qué se trata? Seguramente no imagina Ignacio que lo que está terminando de pergeñar en Venecia se convertirá en un instrumento apostólico que atravesará los años, las vidas y los siglos, sin perder un ápice de su fuerza. Desde los inicios de la conversión hasta este

momento, hemos visto cómo va tomando forma el libro de los *Ejercicios Espirituales*, en Manresa y Jerusalén, en París y Venecia... Ignacio va puliendo y completando esa inspiración primera. Plasmando su propia experiencia para que esté al alcance de otros muchos.

Pero, ¿de qué hablamos exactamente? No se trata de un libro de lectura, que uno pueda abrir en la primera página y tratar de leer, como una novela o como el diario espiritual de un determinado personaje, ni tan siquiera como una serie de reflexiones piadosas.

Si alguien intenta leerlo hoy en día, puede creer que su dificultad para comprender obedece a los giros del lenguaje, propios de una época cortesana, que aún hoy se mantienen. Pero no es el lenguaje la razón de esta dificultad. En realidad el libro de los ejercicios no se lee. Los ejercicios se hacen, normalmente con la ayuda y guía de otra persona que los ha experimentado antes que uno.

Se trata de una escuela de oración. Es la descripción de una metodología de acercamiento al evangelio. El propio acercamiento de Ignacio plasmado en papel. Una zambullida en la imagen de Dios, creador y padre, principio y fundamento de la humanidad y de cada ser humano. Un Dios que es amor vivo y operante. Ahí está el gran marco de la experiencia. Del creador, que tiene un proyecto para la humanidad y cada ser humano (por ahí comienza la experiencia espiritual del que hace los ejercicios, en el principio y fundamento), al amor como clave angular (la contemplación para alcanzar amor, último paso de la experiencia). Y en medio, treinta días (aproximadamente) de oración, silencio y encuentro

con Dios. Tiempo para una doble lectura que va en paralelo. De la propia vida, con todas sus ambigüedades y posibilidades, con sus luces y sombras, con sus desórdenes y sus valores. En definitiva, con su pecado y la gracia que sobreabunda y desborda. Y un acercamiento personal, hondo, intelectual y sobre todo afectivo a la vida y persona de Jesús, el rostro humano de Dios, el Dios encarnado que se convierte en el punto central de atención del ejercitante. Para conocerle, amarle y seguirle.

Una experiencia personal. De conversión y encuentro. De iluminación y proyecto. De toma de decisiones fundamentales en la propia vida, o reforma de las condiciones en que uno actúa, vive, ama. Con unos acentos bien marcados en ese acercamiento a Dios. Jesús es el Dios encarnado, el hombre pobre y humilde en los caminos de la historia. Su seguimiento por amor es la implicación en una causa bien precisa, el reino de Dios. Luchando contra las dinámicas evasivas que nos invitan a vivir desde otra lógica.

Cada hombre o mujer que se adentra en este camino es distinto. Distintos son Ignacio, Fabro o Javier. Y cada uno de los primeros compañeros. Y tantos hombres y mujeres como después irán repitiendo esa misma experiencia, hasta hoy... En cada uno han de resonar las palabras del evangelio de forma diversa, pues cada quien tenemos nuestra historia, nuestro carácter y nuestro corazón. Por eso cada ejercitante tendrá que aprender a distinguir (discernir) cómo resuena, en su oración, en lo que piensa o contempla, en lo que escucha o imagina, la voluntad de Dios. Para aprender a elegir, buscando

siempre aquello que conduce a un bien mayor, que es en definitiva de lo que se trata la voluntad de Dios en la vida de cada uno.

Ignacio plasmó su experiencia espiritual, su propio itinerario interior en esta propuesta. Lo formuló con categorías de su época —que conservan hoy sorprendente vigencia—. Lo fue puliendo a lo largo de su vida. Dándole una dimensión eclesial.

En definitiva, se trata de arriesgarse, ponerse a la escucha, en una búsqueda activa, atreverse a dejar que «lo de Dios» toque la propia vida. Para asomarse a Dios desde la propia realidad. Eso son los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola. Una obrita pequeña, pero que a lo largo de quinientos años será semilla de una incansable fecundidad apostólica. Criticados a veces como si fuesen una herramienta de manipulación de conciencias —y un mal uso de ellos podría conducir a esto—. Pero alabados más a menudo por ser fuente de una espiritualidad —que definimos como ignaciana— que hace a las personas fuertes en la debilidad, apasionados en el seguimiento, colaboradores de la misión de Cristo en la transformación de este mundo, en ese espacio donde Dios es Padre común y nosotros hermanos.

Pero volvamos a Venecia y a Ignacio. En este mundo grande las pocas personas que se mueven se cruzan a menudo. Algo así debe pensar Ignacio cuando reconoce un día a Diego de Eguía, aquel alcaíno en cuya casa se alojaron en tiempos sus compañeros. Y con él Esteban, uno de sus hermanos, que ha enviudado. Los dos, de paso en Venecia después de una peregrinación,

deciden hacer los ejercicios conducidos por Ignacio. Y ambos determinan unirse a su proyecto, a su modo de vida, aunque previamente tienen que volver a España a arreglar sus asuntos.

También un sacerdote malagueño, feo pero gracioso, de nombre Diego de Hoces, se siente intrigado por Ignacio. Pero es la suya una curiosidad insegura. ¿Será de fiar este hombre? Esto de los ejercicios, ¿será ortodoxo? ¿Por qué estas dudas? ¿Habrán llegado a sus oídos las intermitentes campañas de descrédito o persecución inquisitorial hacia Ignacio? No va por ahí la dificultad. En las incertidumbres de Hoces resuenan las palabras de Juan Pedro Carafa, obispo dimisionario de Chieti con quien Ignacio tiene una relación muy tensa. Y lo curioso del caso es que comenzaron entendiéndose bien. Son dos hombres de personalidad fuerte y espíritu reformista. Y cuando se encuentran, por vez primera, en Venecia, probablemente hablan de las carencias de esta Iglesia necesitada de purificación y de una vuelta al evangelio. Trece años atrás, en 1524, Caetano de Thiene y el propio Carafa habían fundado en Roma los teatinos, una congregación de clérigos regulares que busca vivir en pobreza evangélica. Cuando tres años después las tropas de Carlos V saquearon Roma, los doce teatinos que entonces componían la orden tuvieron que refugiarse en Venecia. Cuando Ignacio conoce a Carafa, los teatinos son sólo catorce, con dos casas en Venecia y Nápoles. Podrían convertirse en una orden religiosa nueva, fuerte, pujante, que la Iglesia necesita. Ignacio, de hecho, así lo percibe. Pero no terminan de arrancar. Es una congregación que no crece, no ilusiona ni

entusiasmo a hombres inquietos. Sincero como pocos, Ignacio le expresa en una carta a Carafa las razones que ve para ese lentísimo despegue: el propio Carafa no vive como un religioso, fiel a su pobreza, sino como un obispo renacentista, opulento y acomodado. Y además, la decisión de que la congregación dedique muchas horas al coro la aleja de la gente, hasta el punto de que varios de sus miembros no tienen ninguna labor apostólica. Adorna esas dos verdades lapidarias con muchas expresiones de cortesía y respeto, pero un lector lúcido —y Carafa lo es— puede percibir la contundencia del análisis. Si llegó a mandar la carta o si se lo dijo de palabra, no tenemos constancia de ello, pero lo cierto es que el obispo, irritable y explosivo, montó en cólera por la insolencia de ese español que, sin siquiera ser sacerdote, se atrevía a criticarle con tal desfachatez.

En todo caso, las espadas están en alto entre los dos. Y Hoces habla con frecuencia con el obispo, que acompaña espiritualmente a gran número de personas desde la iglesia de San Nicolás de Tolentino. Por eso cuando finalmente el malagueño se decide a hacer los ejercicios con Ignacio, lleva consigo un buen arsenal de libros, dispuesto a defenderse si la doctrina contenida en ellos es heterodoxa o herética. Sus recelos quedan pronto disipados ante la hondura y verdad de lo que percibe en ellos. Y por eso, cuando los termina, ha decidido unirse al grupo del que Ignacio ya le ha hablado.

El tiempo transcurre apacible. Es una época serena en la vida de Ignacio. 1536 se va en un suspiro. Mientras se mueven las piezas en el tablero en el que la reforma y la contrarreforma van a tener que batallar,

Ignacio sigue su vida italiana. Calvino publica *La Institución de la Vida Cristiana* y se instala en Ginebra. Enrique VIII, que ha consumado su ruptura con la Iglesia católica, expropia los monasterios y declara nula la autoridad del Papa en Inglaterra. Muere Erasmo, uno de los pensadores católicos más rebeldes y una de las voces que ha clamado por cambios en la Iglesia. Pablo III, preocupado por la reforma eclesiástica, empieza a reunir en torno suyo a figuras que puedan orientarle en este camino. Entre otros, en septiembre llama al obispo Carafa a Roma. En unos meses más será elevado al cardenalato. ¿Olvidará la «ofensa» de Loyola un príncipe de la Iglesia?

### Reencuentro veneciano

Los compañeros deberían salir de París el 25 de enero de 1537, y llegar a finales de marzo. Ignacio les ha escrito avisándoles de su llegada a Venecia, pero no sabe nada de ellos. Está preocupado por las contiendas entre Francis-co I y Carlos V, especialmente virulentas ahora en terreno francés. No duda del valor de sus amigos. Sabe que no se van a echar atrás. Pero, pueden ocurrirles tantas cosas... De ahí que cuando el 8 de enero de 1537, dos meses antes de lo previsto, le avisan de la llegada de visitantes que preguntan por él, sale a la calle preguntándose de quién puede tratarse. Cuando reconoce los rostros familiares de Javier, Fabro, Salmerón, Laínez... de todo el grupo, estallan en júbilo.

Es un reencuentro memorable. Todos quieren

abrazarle, hablan a la vez. Es la reunión de amigos, la confirmación de una opción conjunta, el nuevo cruce de caminos que, esperan, ya han de continuar entreverados. Los recién llegados aparecen demacrados, muy delgados y sucios después de interminables jornadas de una marcha que ha sido dura. Pero nada de eso importa en este momento. El vocerío hace asomarse a alguna ventana vecina rostros curiosos, que sonrían por la alegría contagiosa de este grupo de hombres ruidosos. Ignacio advierte rostros nuevos. Es Fabro quien los presenta. «Ignacio, estos son Claudio Jayo, Pascasio Broet y Juan Coduri. También son de los nuestros». Tres nuevos compañeros, dos de ellos sacerdotes, que se han unido al grupo parisino, y a quienes Fabro ha dado los ejercicios espirituales. Ante la alegría de los compañeros que se reencuentran han permanecido a la expectativa, indecisos, como esperando ser introducidos. Llevan tanto tiempo oyendo hablar del maestro Ignacio que ahora no saben cómo reaccionar. Pero es Ignacio el que toma la iniciativa, y les trata con la misma cordialidad y familiaridad que al resto.

Por el momento pasan al interior del priorato. Acá podrán lavarse y descansar un poco. Ignacio ya tiene pensada una propuesta relativa al alojamiento del grupo, pero aún deben hablarlo entre todos. Ahora hay que reponerse. Se mueve de un lado a otro. Consigue comida, les facilita un lugar para asearse... No se cansan de hablar, de preguntar. Les habla de sus familias, de los recuerdos y las palabras que mandan a través de él. Esa evocación de los hermanos y padres lejanos despierta la alegría de unos y la nostalgia de otros... Pero

no es tiempo de melancolías. Ignacio ríe y su cercanía es contagiosa. También él tiene un nuevo compañero que presentarles, el bachiller Hocés, que estará al caer por aquí... y hasta es posible que haya algunos más, que están acercándose a los ejercicios. Hablan a la vez. Bromean. Acaban de pasar meses terribles, pero todo parece haberse olvidado una vez llegados.

Son, salvadas las distancias, como esos peregrinos que tras largas etapas de dolor y sufrimiento parecen olvidar las lágrimas y las fatigas, la impotencia y el dolor ante la alegría de llegar al destino tanto tiempo intuido. A estos nueve hombres les ocurre algo similar. Han caminado hasta la extenuación. Han corrido peligro y han estado a punto de ser detenidos varias veces. Han pasado hambre y frío. Pero ahora lo único que brilla, enorme y espléndido, es la alegría del reencuentro y el sentirse otra vez «en casa» al estar todos juntos.

Entre relatos de unos y otros va enterándose Ignacio de lo ocurrido en este año y medio. Cómo siguieron con sus vidas y sus estudios en París tal y como habían acordado. Cómo Fabro, que conocía a Jayo desde la infancia, le acercó al grupo. Cómo el saboyano ya estaba con ellos cuando renovaron sus votos en Montmartre, en 1535, echándole tanto de menos, pero teniéndole muy presente. Cómo después siguieron el mismo camino Broet, un sacerdote de la Picardía y Coduri, nacido en Embrun. Los dos participarían ya en los votos en 1536. Le cuentan también que el 4 de octubre pasado muchos de ellos obtuvieron por fin su título de maestros en artes. Y cómo decidieron adelantar la partida, ante los rumores de una situación cada vez más inestable en el

trayecto. Salieron el 15 de noviembre, en cuanto pudieron arreglarlo todo para dejar París. Por supuesto que hubo intentos de disuadirles, cuando se hizo pública su intención. El relato del viaje recuerda a Ignacio aquellos recorridos suyos por una Italia devastada. Le hablan de cómo tuvieron que dar un rodeo enorme. Cuántas veces las tropas les preguntaban, y afortunadamente los franceses del grupo pudieron hablar en nombre de todos, mientras los españoles permanecían tan callados como podían. Cómo caminaron, a veces separados para no llamar la atención, y finalmente todos juntos pensando que era más seguro así. Cómo cada día celebraban misa y comulgaban, con qué alegría y devoción rezaban, que hasta conmovían a quienes les encontraban en el camino. Habían pensado pedir limosna, pero dado el peligro, terminaron agrupándose, diciendo a quien preguntaba que estaban en peregrinación hacia Loreto y malvivieron con los pocos recursos que traían de París. En muchos sitios han tenido que discutir acerca de cuestiones de fe, especialmente cuando pasaron por Alemania, pero han vapuleado doctrinalmente a algunos que querían defender posturas protestantes. Ignacio no puede menos que sonreír al escuchar el relato. Sabe bien que Laínez es un enemigo temible cuando se trata de discutir sobre cuestiones de fe. No quisiera estar él en el pellejo de un pastor protestante poco preparado que se atreviese a debatir con el de Almazán.

El relato llega a su fin. Ha anochecido hace largo rato. Las voces excitadas, las risas, las bromas y las historias dan paso a una oración conjunta. Dan gracias a Dios que los ha traído hasta aquí. No está el cuerpo

para plegarias mucho más largas. Pronto duermen, arrebujados en mantas que mitigan el frío de la noche veneciana. Esta noche quedarán, provisionalmente, con Ignacio. Mañana hablarán ya más despacio.

Sólo Ignacio permanece despierto. No está tan fatigado como ellos, y la alegría de estar de nuevo con los suyos le impide conciliar el sueño. Pasea la vista por esos rostros dormidos. Conoce a casi todos como si fuesen sus hijos. Le han abierto su corazón. Confían en él, y él en ellos. Recuerda tantas conversaciones con cada uno... Ahí está Fabro, que ha mostrado ser un excelente líder. Y ahí reposa Javier... viendo dormido al navarro, Ignacio es consciente de la intensidad de sus sentimientos por estos muchachos que, para él, son más queridos que sus propios hermanos. Recorre sus semblantes, sus historias. Conoce bastantes de sus heridas y sus fortalezas, de sus miedos y sus valores. Como le viene sucediendo últimamente, la emoción da paso a la oración, y esta viene acompañada de lágrimas. Lloro con gratitud, con hondura, percibiendo la poderosa fuerza que le une a estos hombres, brotando de un más allá, un Dios, al que siente, una vez más en el centro de su vida; su todo, su amor. «Todo es vuestro».

### **Hospitales. Cuando se tocan las llagas de este mundo**

A la mañana siguiente Ignacio les expone su propuesta. El barco de peregrinos no zarpa hasta después de Pentecostés, de modo que tienen varios meses por delante.

Habrá que ir a Roma a solicitar la bendición papal, pero, dado que tienen tiempo, es mejor esperar a que pase lo más crudo del invierno. La primavera será más benigna para esa peregrinación. Y, mientras tanto, hay una oportunidad magnífica en estos meses.  Por qué no distribuirse entre los dos grandes hospitales, y trabajar sirviendo a los más pobres de los pobres? Ignacio sabe que las ideas y proyectos necesitan aterrizarse. No duda de estos hombres, que han probado su firmeza y su reciedumbre. Pero por otra parte, sólo ahora están empezando a hacer real su promesa. Su compromiso ha tenido mucho de proyecto, pero las pruebas est n por llegar. Su evangelio necesita encarnarse en rostros y situaciones humanas, que son el crisol donde muchas veces han de templarse los mejores aceros.  l ha vivido mucho, y es consciente de la fragilidad, las resistencias, las dudas y los miedos que atenazan a cada persona. Y precisamente por ello sabe que cada uno tiene que enfrentarse cara a cara con la miseria y el dolor, con la frustración y el pecado que, en este mundo, excluye y mata. Con ese Cristo pobre y humilde que tiene tantos rostros e historias. Por eso su propuesta para ellos. Estos jóvenes hasta ahora han vivido en un mundo intelectual, en academias y escuelas. Ignacio, curtido en años de peregrinación, que ha compartido techo con los más abandonados y ha vivido en la desprotección más absoluta, est  seguro de que para cada uno de ellos ese contacto con las realidades más atravesadas puede ser escuela, bendición y punto de encuentro con Dios y con los otros de un modo nuevo. De ahí su propuesta.

Que vayan a vivir a los dos Hospitales. Cinco al de

San Juan y San Pablo, y cinco a Los Incurables. A atender a los enfermos, lavarles, alimentarles... acompañar a los moribundos. Hasta enterrar a los muertos. Todas las manos son necesarias. Le tranquiliza el entusiasmo con el que reciben su propuesta. Aunque también percibe nervios y destellos de tensión en algún rostro. Hablan y matizan, y le dan cuerpo a la idea. Al fin y al cabo acostumbran a tomar las decisiones en común, y esta vez no es distinto. Pero se f an de él en lo básico de esta propuesta.  l mismo ha dudado mucho si debería o no formar parte de uno de estos grupos. Finalmente ha decidido que no. No quiere que hagan esto por seguirle a él, sino como parte de su experiencia más personal y honda con Jesús. Es mejor que él se quite de en medio. Acogen su guió. Sigue siendo para ellos maestro, y se dejan orientar, aunque ninguno está obligado a ello.

Empieza para los hombres un período duro. Se ven enfrentados muchas veces con sus propios miedos y limitaciones. Los hospitales son lugares sórdidos. Con frecuencia la desesperación y el dolor se expresan en gritos que taladran los oídos más sensibles. En el invierno es peor. A veces hay tantos enfermos que no hay dónde atenderlos, y se hacinan en salas enormes, tendidos en jergones y catres, o incluso en el suelo. Los jóvenes estudiantes se ven ahora enfrentados a una actividad que est  lejos de las disputas filosóficas y teológicas de las aulas parisinas. Aquí les toca lavar cuerpos enfermos, a veces venciendo su repugnancia ante llagas y úlceras que les provocan espanto y cuyo hedor es a veces insoportable. Dan la comida a quien no se vale por sí mismo. Limpian, acompañan. Escuchan las historias, a

menudo ininteligibles, que desgranaban hombres heridos, necesitados de una mirada, una mano cercana o un oído dispuesto a escucharles; son los desheredados, que ya sólo anhelan la última ficción de que aún significan algo para alguien. Y esa ficción la convierten los compañeros en verdad profunda. Porque en ese contacto real con el sufrimiento de otros seres humanos, estos hombres se vuelcan. Aprenden a amar a los desamados. Lloran en la noche las lágrimas vertidas por otros a lo largo de jornadas intensas. Se mezclan ante ellos los cuerdos y los locos, los agonizantes y los que aún tienen alguna esperanza, en esta otra Venecia, que no es de carnaval ni de máscara, sino de verdad desnuda.

Cuentan los distintos relatos de esta etapa veneciana que los compañeros tuvieron que superar sus propias resistencias. Cada uno ha de librar su particular batalla. Hasta tal punto que Francisco Javier un día, ante el asco que le daba la llaga lacerante de un leproso, tratando de vencer su repugnancia, besó aquella herida. O que Laínez, estando el hospital ya saturado, se vio en la tesitura de acostar en su propio lecho a un enfermo sin otro lugar donde caer rendido, y después pasó mucho tiempo temeroso de haberse contagiado. Ignacio escucha, inspira, motiva, anima a estos hombres, ayudándoles a superar sus miedos, a comprender sus fragilidades, a hacerse fuertes para los más débiles, a rezar también desde el dolor del mundo.

Y podemos preguntarnos: ¿por qué tanto esfuerzo? ¿Era necesario esto? Lo que estos hombres están aprendiendo es que hay una parte de nuestra fe que necesita

encarnarse. Hablamos de un Dios que, al hacerse humano, se abajó. Es una imagen poderosa. Y real. Porque sin ella uno corre el peligro de vivir instalado en pedestales. De honor y de riqueza, de sabiduría y de elocuencia, de triunfo y fortaleza, de ideas y proyectos. Pedestales que al tiempo te protegen y te aíslan. Y que, si te descuidas, te van encerrando en burbujas herméticas y asépticas.

Porque a esas alturas no tienen acceso los hombres y mujeres que, en los márgenes de los caminos, en las cunetas de la historia, en las noches del mundo, sufren. La soledad. El hambre. El abandono. El miedo que tiene tantos rostros. La violencia sorda que destruye bruscamente los sueños inocentes para dar paso a la hora de las pesadillas. El llanto que nadie oye ni consuela. La desesperación en los ojos que sólo ven más dolor, más fracaso, más derrota. La guerra que desplaza, y la que entierra. Las bombas que mutilan cuerpos y almas. La noche, siempre esa noche larga que no ve amanecer.

Es imprescindible bajar de las peanas, los podios desde los que el mundo se ve sólo a medias. Para alzar, juntos, los cuerpos llagados. Para derramar agua fresca sobre labios reseco que, de otro modo, se cerrarían, inertes. Para aprender a mirarnos en el espejo de una humanidad rota. Para saber lo que hay que denunciar y anunciar. Para, descubriendo los golpes, ayudar a sanarlos. Para que el amor sea infinito. Es imprescindible saber estar, alguna vez, en esa tierra áspera hollada por pies descalzos, esa tierra seca y agrietada donde las carencias son más hirientes y las lágrimas más ciertas.

Ahí está el escándalo y el milagro de un Dios encarnado, naciendo en un pesebre, iniciando un camino que le lleva a una cruz; tocando los espacios desolados; compartiendo el polvo de la tierra que levantan los caminantes fatigados en su marcha.

No se trata de sufrir por sufrir. Ni de un voluntarismo humanitario. No se trata sólo de una conciencia solidaria, o de una sensibilidad social. Tampoco es cuestión de culpabilizar a uno mismo o a otros, ni de cargar, como una losa imposible, con todo el dolor del mundo sobre la propia espalda. Se trata, sobre todo, de la capacidad de mirar, cara a cara, las dimensiones de una fraternidad rota. Y en ella descubrir las semillas del Reino y denunciar las heridas lacerantes que el pecado inflige. Se trata de traer esperanza. De iluminar (a uno mismo y a otros) en los lugares de sombras. Con una luz distinta. Con ese amor infinito que nos hace tan humanos y nos acerca a Dios.

## Sacerdotes y apóstoles

Pasa el invierno. Llegada la Cuaresma de 1537, parece oportuno ir a Roma a solicitar la bendición papal para la peregrinación que esperan emprender en la Pascua. Ignacio decide no acompañar al resto del grupo. La razón en este caso es estratégica. El doctor Ortiz, aquel que, dolido por el cambio de vida de Peralta, había denunciado a Ignacio ante la Inquisición en París, es ahora procurador de Carlos V en Roma, y es uno de los personajes que puede brindarles acceso al Papa. Ignacio

no quiere que las animadversiones personales, en caso de que perduren, dificulten ese encuentro. Además no duda de que en la corte papal tendría que vérselas de nuevo con Carafa, nombrado cardenal de la Iglesia. Sospecha que el teatino no habrá olvidado sus tensiones venecianas. Definitivamente, es mejor que se quede. Por otra parte, ya ha hecho este camino. Ha estado en Roma antes y ya ha pedido la bendición en otro viaje. No lamenta dejar pasar esta ocasión...

Los compañeros lo encuentran prudente. Después de todo, cuanto menos hagan que pueda poner en peligro el viaje a Jerusalén, mejor. Así que allá marchan, en pobreza radical, peregrinando a la Ciudad Eterna, mientras Ignacio se queda en Venecia, esperándolos.

Cuando regresan, pasadas unas semanas, no pueden traer mejores noticias. De nuevo el relato de sus viajes tiene en Ignacio un oyente interesado y ávido por saber hasta el menor detalle. Con el estilo claro de Fabro, con la intensa pasión de Javier, con la incesante verborrea de Bobadilla o con la capacidad descriptiva de Laínez, en esa mezcla de latín, portugués y español que chapurrea Rodrigues o en el verbo gracioso de Hoces... todos aportan algo al relato, que se va cargando de imágenes, nombres, historias y promesas.

Cuentan cómo llegaron a Roma el domingo de Ramos, tras viajar, de tres en tres, en pobreza absoluta... —Ignacio asiente, pensativo, recordando cómo también él llegara a Roma un domingo de Ramos, catorce años atrás—. El Papa les ha recibido en audiencia. Durante la comida —Sorprenden a Ignacio con el relato de un pípro romano mucho más afortunado

de lo que podían haber previsto—. No, claro que no fue difícil conseguir acceso a Pablo III. El doctor Ortiz se ha portado como un amigo, un aliado que les ha favorecido en todo lo posible. Hasta envía un recuerdo para el maestro Ignacio. —Este sonrío, entre fascinado y contento por la intervención del inesperado aliado—. Y no sólo eso, sino que el mismísimo Pontífice les hizo disputar sobre cuestiones teológicas. —Todas las voces se juntan queriendo describir la escena, y a veces es difícil entender, entre tantas interrupciones. Ignacio tiene que pedirles un poco de orden, y es finalmente Fabro el que continúa el relato—. Por supuesto que disputaron sobre las cuestiones planteadas por el Papa, delante de los cardenales y otras figuras prominentes. El pontífice estaba extasiado con ellos. Les bendijo especialmente. Se quedó muy sorprendido cuando le dijeron que no venían a pedir ningún favor especial, más que el permiso para ir a Tierra Santa. —El relato va llenando de alegría a Ignacio, orgulloso de estos compañeros, capaces de mostrar una lógica distinta a la que hace de la corte papal, demasiado a menudo sometida al mercadeo de prebendas y nombramientos, una fuente de descrédito para la Iglesia—. Le hablan de la sorpresa de Pablo III, que no podía creer que no quisiesen algo más. Eso debe ser porque está acostumbrado a que todos le pidan algo. Así que les dio el permiso. Y además los presentes hicieron una colecta para ellos, recaudando un montón de escudos, que así podrán utilizar para su viaje a Jerusalén.

La narración, salpicada de innumerables anécdotas y descripciones de lo que han visto en Roma y en los

caminos, se va acercando a su fin. Pero tienen otra gran noticia, el Sumo Pontífice les ha autorizado para que sean ordenados sacerdotes cuando y donde quieran. Sin quedar atados a una diócesis. Le parece bien el proyecto de permanecer en Tierra Santa, aunque lo ve difícil en las circunstancias actuales. Hasta ha dado una dispensa especial a los ya sacerdotes para que puedan perdonar pecados reservados.

Ignacio está ya como ausente mientras desgranar estas últimas noticias, absorto en una de las novedades. El permiso para la ordenación es una bendición largo tiempo esperada, y va penetrando lentamente en su mente. Hace mucho tiempo que está en su horizonte ese deseo de ser sacerdote para ayudar a las almas. Pero ahora que lo ve tan cerca, el pensar en sí mismo repitiendo las palabras y los gestos de Cristo que tantas veces ha contemplado... Le cuesta seguir la conversación. Ahora necesita silencio, quiere estar a solas con Dios, ofrecerle, en acción de gracias, este nuevo paso. Farfulla una excusa y se separa de ellos. Los demás intuyen en su alejamiento la necesidad de estar solo.

Así que se ordenan sacerdotes. Excepto Salmerón, que por su poca edad sólo puede alcanzar el diaconado por el momento y deberá esperar unos meses más, el resto reciben las órdenes menores, el subdiaconado, el diaconado y la ordenación sacerdotal entre el 10 y el 24 de junio. Seis nuevos presbíteros en el grupo: Ignacio, Javier, Laínez, Bobadilla, Rodrigues y Coduri. Un momento muy especial para todos ellos. Ahora se sienten no sólo con la posibilidad, sino con el deber y el

compromiso de lanzarse a un apostolado bien explícito, a predicar el evangelio...

Es curioso que, sin embargo, no tengan prisa para celebrar sus primeras misas. Se dan un intervalo de tres meses para hacerlo. Tal vez esperan a llegar a Jerusalén. Y eso que la peregrinación se va complicando. La situación entre Venecia y Oriente es insostenible, al punto que La Serenísima ha roto las relaciones con los turcos y parece dispuesta a alinearse con sus enemigos. En esa situación no parece previsible que haya expedición de peregrinos en la Pascua. Por otra parte, nunca ha dejado de salir el barco, ¿no será esto una tormenta pasajera que se desvanezca? ¿No volverán las aguas a su cauce, como otras veces ha ocurrido? ¿Por qué van a desistir tan pronto? Están dispuestos a esperar. Pero, ¿qué hacer, mientras se clarifica si hay o no hay peregrinación? Dialogan, rezan, y finalmente determinan separarse, por grupos, hacia ciudades más pequeñas, para dedicar allí un tiempo a la oración y después lanzarse a predicar. Por sorteo se reparten entre ciudades relativamente cercanas. Bobadilla y Broet irán a Verona. Bassano es el destino de Jayo y Rodrigues. Hoces y Coduri vivirán en Treviso, mientras Javier y Salmerón predicán en Monselice.

Ignacio, Fabro y Láinez se encaminan a Vicenza. Allí consiguen hospedaje en San Pedro de Vivarolo, una casa ruinoso que forma parte de los restos de un monasterio que les ceden los capuchinos. Dedicán entonces cuarenta días a la oración, pasando su particular desierto. Se alimentan de lo que Fabro y Láinez

consiguen limosneando, que después Ignacio, demasiado débil esos días para salir, se encarga de cocinar. De nuevo su salud le tiene medio agotado. Sin embargo, siempre capaz de sacar fuerzas en la necesidad, cuando llega aviso de que Rodrigues está muy enfermo, tal vez en peligro de muerte, se marcha, con Fabro, caminando hasta Bassano para visitar al amigo convaleciente. Afortunadamente el portugués se repone y pueden volver a sus planes. Se les une en Vicenza Coduri —pues han decidido abandonar Treviso, para que Hoces pueda dedicarse a cuidar a Rodrigues—.

El verano va pasando. Comienzan su labor apostólica. Los compañeros se reparten en cuatro plazuelas a la vez. Avisan con sonos de campana. Atraen a la gente, y hablan de cosas de Dios. Para quien quiera escuchar. Es una estampa curiosa la de estos hombres, vestidos de negro, predicando en una mezcla de francés, español, latín y sobre todo mal italiano, y proclamando la palabra de Dios con una claridad a la que no están habituados los ciudadanos de Vicenza. La gente acoge bien el testimonio de estos hombres buenos, que no parecen peligrosos y cuyas vidas testimonian austeridad y coherencia. Los aldeanos están acostumbrados a sacerdotes mal formados, que a menudo ni siquiera saben leer el misal y bastante hacen con retener las fórmulas rituales de consagración y bendición, y que si predicán lo hacen de un modo a menudo vulgar. Pastores iletrados, en una Iglesia decadente que pide a gritos una renovación de su clero. De ahí que la frescura de estos clérigos que catequizan de un modo tan distinto les granjee pronto la acogida de la población. Son unos meses bonitos para ellos.

No dejan de estar atentos a las noticias que llegan de Venecia. Pero el ansiado mensaje sobre la peregrinación no termina de llegar. Queda sólo un trimestre para que se cumpla el plazo que se han fijado. Se hace necesario ir previendo un cambio de planes. La hipótesis de ir a Roma y ponerse al servicio del Papa, que tan lejana pareciera cuando la añadieron a los votos hechos en Montmartre, está pasando a primerísimo plano.

Ignacio decide convocar a todos los compañeros en Vicenza. Aprovechando que llega el momento de la ordenación sacerdotal de Salmerón, se reúnen todos y se acomodan como buenamente pueden en las estrecheces de San Pedro de Vivarolo. Comienzan días de deliberación. ¿Qué hacer? El verano se acaba. A estas alturas parece claro que este año no zarpará el barco. Pero, ¿no convendrá esperar un poco más? ¿El 8 de enero es la fecha límite? ¿Y si esperan hasta la primavera próxima? Tal vez entonces sí partirá la nave. Después de todo, la situación es excepcional. Por otra parte, ¿no será esto una señal de que la voluntad de Dios es que no vayan a Jerusalén? Es una difícil decisión la que tienen que tomar, y les resulta peliagudo encontrar luz en medio del vaivén de fuerzas y deseos que les mueven.

Tras largas discusiones acuerdan darse una última oportunidad. Se dispersarán de nuevo, esta vez por ciudades universitarias, y esperarán un año para tomar una decisión definitiva. De este modo, además de su servicio apostólico, tal vez el contacto con jóvenes estudiantes les permita encontrar algunos más que estén dispuestos a unírseles. Hoces y Coduri irán a Padua, Jayo y

Rodrigues a Ferrara. Javier y Bobadilla se atreverán con esa Bolonia que tan hostil fuera para Ignacio, mientras Broet y Salmerón se dirigirán a Siena. Mientras tanto, Ignacio, Fabro y Láñez se encaminarán a Roma. Allí habrán de ir preparando el terreno por si fracasa definitivamente la peregrinación. Ninguno quiere rendirse, pero todos sienten que es una posibilidad cada vez mayor. Una prueba de ello es que van renunciando a la intención inicial de esperar para tener sus primeras misas en Tierra Santa, y casi todos la van celebrando ya. Sólo Ignacio, paciente, espera.

En su anterior dispersión se han encontrado con la pregunta insistente, por parte de aldeanos, y hasta de clérigos locales, que quieren saber quiénes son y cómo es que siendo sacerdotes no pertenecen a ninguna diócesis ni congregación religiosa. Es un interrogante que, de alguna forma, ellos mismos necesitan clarificar. Mientras están todos juntos es más fácil. Son amigos en el Señor, y basta. Pero eso no es fácil de explicar desde la distancia. ¿Qué diremos si alguien nos pregunta? Entonces surge la propuesta. «¿Por qué no identificarnos como compañía de Jesús?». Después de todo es Jesús quien les ha unido, quien les llama y les seduce a todos. Es su vida la que quieren imitar y sus huellas las que quieren seguir. El nombre les resulta natural. Se perciben como compañeros de Jesús y entre sí. Todavía es únicamente una forma de llamarse. Por el momento no son más que un grupo de amigos unidos por su fe, con un proyecto común y ahora dos palabras que les definen. Pero parecen sentir que el tener un nombre compartido les hace estar unidos aun en la distancia.

Ignacio vive cierta incertidumbre ante este camino que parece conducirlo indefectiblemente lejos de Jerusalén. Está perplejo. «¿Qué quieres, Señor, de mí? ¿Qué quieres de nosotros?». No deja de preguntar, busca, se esfuerza por comprender. Se siente, pese a todo, en paz cuando una mañana de mediados de octubre se dispersan.